



ROMANCE HISTORICO

**DEL NOBLE CASTELLANO  
D. JUAN DE LA TIERRA,  
Y LA BELLA NAPOLITANA.**

*Refiérense los lances de este caballero, como por su valor libró la vida á su Rey, y marchando luego á Nápoles se enamoró de una dama de aquel reino, valiéndose de varias estratagemas, con lo demas que verá el curioso lector.*

PRIMERA PARTE.

**C**orónense de laureles todos los guapos de España, al oír de un castellano triunfos, victorias y palmas; y los hombres mas valientes, humildes le rindan parias á este tremendo, á este héroe, á este segundo Marte en las armas;

terror y asombro del mundo, segun la historia declara. Nació en la villa de Illescas, dando aumentos á la fama, el gran Don Juan de la Tierra, de esclarecida prosapia; aunque un mediano caudal á sus padres acompaña.

Diéronle estudios, y fue un Séneca en la elegancia, y en manejar el acero escedia á otro Carranza. Aquí se cumple el refran: hombre pobre todo trazas. Sabiendo estas facultades, á rienda suelta se andaba, teniendo algunas pependencias en defensa de las damas. Cumplidos los veinte años, edad florida y gallarda, de su mejor juventud, y madurez de su infancia, en el golfo de sus gustos eterno consideraba á su padre, mas frustrose toda su vana esperanza: porque como mortal era, rindió su vida á la parca; se transformaron sus gozos en el anhelo y la carga de su madre, y los cuidados de su padre le quedaban. Mas como la juventud en nada pone eficacia, yendo con otros amigos, una pendencia se arma, y arrestado dió la muerte á un mancebo de su patria. Ausentose y fue á la corte, sentó de soldado plaza en una bandera, que para Nápoles marchaba, y con capa de soldado vivia muy á sus anchas. Saliose una oscura noche, y contento paseaba, y al pasar por una calle oyó que hablaba una dama, porque el eco de la voz femenina se mostraba. Hizo alto, y reparó

que á un caballero le hablaba, diciendo: póngase en fuga, mire, mire que lo matan; á cuyo tiempo llegaron ocho hombres con espadas. Juan de la Tierra que vió aquella alevosa infamia, al lado del caballero se puso con arrogancia: portose con tal valor, que los cuatro en la estacada fueron á dar residencia á la celestial morada; y los otros hacen fuga, que como el viento volaban. El caballero le dice: quién eres? cómo te llamas? Juan de la Tierra es mi nombre. Illescas mi amada patria. Asi le hablaba Don Juan á la magestad cesárea del Rey Don Felipe Cuarto, el que al proviso le manda que tomase unos doblones, y tambien la real alhaja de un anillo de diamantes, y que á palacio se vaya luego que amanezca el dia, que será mayor la paga, pues él era el mayordomo del Rey, y mucho le encarga que no se olvide de ir: adios, porque viene el alva. Don Juan colocó su anillo en una bolsa, y lo guarda con cuidado dentro el pecho: oh, lo que el discurso alcanza! En tanto que hubo dineros, tuvo muchos camaradas: llegó aquel próximo invierno, á Nápoles fue la marcha; llegaron á la ciudad en donde el resto gastaba,

R. 22-215

quedándose en poco tiempo  
 sin contar con una blanca.  
 Viendo no tenía un cuarto,  
 y que el hambre le apretaba,  
 acordose de su anillo,  
 á un platero se llegaba  
 á ver si comprar queria  
 aquella fina tumbaga.  
 El platero que la vió,  
 le respondió estas palabras:  
 señor Príncipe, qué es esto?  
 este anillo lo declara  
 que sois persona real;  
 su Alteza no niegue nada.  
 Don Juan reparose, y dijo:  
 soy hijo del Rey de España,  
 el gran Don Felipe Cuarto;  
 y por defender á una dama,  
 le di la muerte sangrienta  
 á un hijo del Duque de Alba;  
 y temiendo de mi padre  
 el castigo que me aguarda,  
 hasta verlo mas templado  
 es fuerza que ausencia haga.  
 De la corte me salí  
 sin que nadie sepa nada;  
 y con nombre de Don Juan  
 sigo el honor de las armas;  
 y así, si tú determinas  
 el que se vea ensalzada  
 tu casa, haciéndote noble,  
 sobre esta real alhaja,  
 para mi adorno y decencia  
 dame monedas y galas,  
 que si tú me patrocinas,  
 luego que me pase á España,  
 prometo te ampararé,  
 juro por mi real palabra.  
 El platero le responde:  
 en esta ciudad se halla  
 un compadre mio, que  
 grande hacienda le acompaña;  
 á este dicho le hablaré

en lo que su Alteza manda.  
 Mucho puede el interés,  
 su imperio todo lo arrastra.  
 El maestro de platero  
 se partió con vigilancia  
 á casa de su compadre,  
 cuenta de todo le daba,  
 como en su casa tenia  
 á un gran Príncipe de España,  
 que era el dueño de la prenda,  
 y dice su forma y traza.  
 Movido de la codicia  
 le pusieron una sala  
 adornada con primores,  
 le remiten dos criadas,  
 dos criados y carroza,  
 compuesta y aderezada.  
 El les encarga el secreto,  
 y es porque así le importaba:  
 cruzábanse los doblones,  
 los diamantes y galas.  
 Vamos á que el mercader  
 tiene por hija una dama,  
 hermosa á las maravillas,  
 que es de todos envidiada,  
 y por lo mismo procura  
 que no sea cortejada.  
 Llegó el día de San Juan,  
 y previniendo en su casa  
 diversidad de manjares  
 para la función que aguarda,  
 fue á ver al Príncipe, y dióle  
 las visperas celebradas  
 de su Santo, y le suplica,  
 que pase á honrarle su casa  
 con su persona real,  
 que humilde se lo rogaba.  
 Amaneció el día alegre,  
 poner la carroza manda;  
 adornose lo posible  
 desde el cabello á la planta.  
 Triunfante se paseó  
 hasta llegar á la casa

del mercader, apeose,  
 y alegres le saludaban.  
 El mercader á su hija  
 mandó entrase en una sala,  
 pues no quiere que la vea,  
 y alli se estaba encerrada,  
 obedeciendo á su padre;  
 mucho puede la crianza,  
 pero mas puede el amor,  
 que son muy grandes sus trazas.  
 Pusieron en fin las mesas  
 con agradables viandas:  
 á este tiempo la doncella,  
 que se miraba encerrada,  
 por el ojo de la llave  
 al Principe divisaba,  
 y de su arte y su brio  
 fue mariposa abrasada.  
 Abajose, y por la puerta  
 una gatera se hallaba:  
 y con disimulo sacó  
 una hermosa mano blanca,  
 empezando á descifrar  
 por letras sus esperanzas.  
 Hizo Don Juan el reparo,  
 pues se hallaba cara á cara,  
 y conociendo la seña,  
 fingió que se desmayaba;  
 dejose caer al suelo,  
 alborotose la casa,  
 todos se desatinaron,  
 teniéndolo por desgracia.  
 Volvió de aquel accidente,  
 y en el lecho en que descansa  
 suspiros exala al viento,  
 que el uno al otro se alcanza.  
 Por fin ya restablecido,  
 sin manifestar la causa,  
 Don Juan á su casa vuelve,  
 discurriendo modo y traza  
 para poder dar alcance  
 al ave napolitana;  
 del casero se yalió,

diciéndole estas palabras.  
 Cien doblones te daré,  
 si me llevas una carta  
 á casa de tu compadre,  
 y la entregas á una dama,  
 cuya beldad yo no he visto,  
 pero sí su mano blanca.  
 Yo muero, y no sé por quien;  
 esta confusion me acaba,  
 esta esperanza me alienta,  
 este enigma me contrasta.  
 Has visto por dicha ó suerte  
 esta que me roba el alma?  
 El casero le responde:  
 es una hermosa muchacha,  
 hija del compadre mio,  
 que vive muy recatada;  
 mas á pesar de embarazos  
 yo le entregaré la carta,  
 y lo arreglaré de modo  
 que su Alteza pueda hablarla;  
 pues aunque sea á deshora,  
 eso no importará nada:  
 pues como he dicho, es hermosa,  
 discreta y muy bien criada;  
 y el motivo de tenerla  
 mi compadre tan guardada,  
 es, como no tiene otra,  
 la quiere ver bien casada,  
 y sentiria en extremo,  
 teniendo hacienda sobrada,  
 de que se le enamorase  
 de quien no tiene una blanca;  
 porque esto de las mocitas,  
 si llegan á cortejarlas,  
 á lo mejor se encaprichan,  
 sin reflexionar en nada;  
 de aqui resulta, que á veces  
 hacen la calaverada  
 de salirse con cualquiera,  
 dando disgusto á sus casas.  
 Don Juan escuchaba al viejo  
 sin perderle una palabra;

pues cuanto él le decía  
 todo era verdad clara;  
 y cuando acabó su discurso,  
 de esta manera le habla.  
 Confieso que cuanto dices,  
 es lo que en el día pasa,  
 y tu compadre hace bien  
 en tenerla tan guardada,  
 pero al mismo tiempo veo,

que ni por mas vigilancia  
 en que las quieran tener,  
 como ellas quieran pegarla,  
 se valdrán de sus ardidés  
 de su astucia y de su maña.  
 Y en otra segunda parte  
 quedará finalizada,  
 del gran Don Juan de la Tierra,  
 la historia tan celebrada.

## SEGUNDA PARTE

### DEL NOBLE CASTELLANO

# DON JUAN DE LA TIERRA, Y LA BELLA NAPOLITANA.

*Finalízanse los amorosos lances de este caballero, como llegó á ser Grande de España, y Señor de Illescas; con lo demas que verá el curioso.*

Confuso estaba Don Juan  
 en lo que por él pasaba,  
 pensando en aquella hermosa  
 que el casero le contaba;  
 y aunque no la habia visto,  
 mas que aquella mano blanca,  
 se contaba enamorado  
 de una belleza estremada,  
 y solo verla desea,  
 puesto que es tan celebrada.  
 Se retiró á su aposento  
 con intencion ya formada  
 de espresarle por escrito,  
 cuánto sin verla la amaba:  
 tomó la pluma al momento,  
 y en una sencilla carta,  
 esplicando su pasion,  
 de esta suerte la cifraba.  
*Desde el instante que vi  
 esa hermosa mano blanca,  
 tan rendido y tan sin alma,  
 que aunque vivo, no estoy vivo,*

*porque no vivo en tu gracia;  
 por lo cual yo te suplico,  
 si merezco dicha tanta,  
 de ver esos dos luceros,  
 ó esa campaña estrellada,  
 tendrás por esclavo á un hombre,  
 que es gran Príncipe de España,  
 y al recibir tu favor,  
 te daré el premio y la paga  
 de mi real mano, y serás  
 la Infanta mas celebrada;  
 y en tus escudos pondrás  
 Castillo y Leon por armas:  
 guárdete el cielo, señora,  
 y cumpla mis esperanzas.*  
 El portador se partió,  
 dió en mano propia la carta,  
 y al propio tiempo le dijo  
 el empeño que llevaba,  
 y que el Principe queria  
 á un tiempo verla y hablarla;  
 y por si acaso á su padre  
 esto no le acomodaba,

engañando á un mercader,  
 saquele su hija amada:  
 paseme á España, Señor,  
 con hacienda muy sobrada;  
 y recibí del matrimonio  
 las ceremonias sagradas.  
 Aquí teneis mi cabeza,  
 y la verdad declarada.  
 Maravillado quedó  
 el Rey, viendo la sumaria  
 del término de su vida,  
 y al mayordomo le manda  
 que lo mantenga en palacio.  
 Asi estuvo dos semanas,  
 hasta que el Napolitano  
 la vuelta á palacio daba;  
 hasta otra segunda orden  
 el Rey mandó que aguardara.  
 Hizo subiese Don Juan  
 con su esposa, y que le traigan  
 una gala de la Reina,  
 para que fuese adornada:  
 á Don Juan le puso el Rey  
 toison y llave dorada,  
 y un baston de general,  
 y que se sentase manda.  
 Cubrió con unas cortinas  
 de tela muy realzada  
 sus personas y dispuso,  
 que el Napolitano entrara.  
 El Rey le dijo: ea amigo,  
 ya el pájaro está en la jaula;  
 ya está preso el agresor,  
 la sentencia ha de ser dada  
 entre los dos: qué os parece,  
 ha de ser hoy ó mañana?  
 Respondió el Napolitano:

si á mi gusto ha de ser dada,  
 como parezca mi hija,  
 que no se le agravie en nada.  
 ¿Qué, á tu enemigo perdonas?  
 Sí Señor, porque me agrada  
 aquel arte y compostura  
 y disposicion gallarda.  
 Corrió el Rey las dos cortinas,  
 y de esta suerte le habla:  
 aquí está el grande Don Juan,  
 ves ahí tu hija amada:  
 levanta, gallardo jóven,  
 tres veces Grande de España.  
 caballero del toison,  
 Señor de llave dorada,  
 gran defensor de la vida  
 del augusto Rey de España:  
 levanta, Señor de Illescas  
 y de toda su comarca.  
 Ea, buen Napolitano,  
 ya está la sentencia dada:  
 id en paz, y de Himeneo  
 gozad delicias sobradas.  
 Besaron al Rey la mano  
 por mercedes tan colmadas.  
 Los títulos le entregaron,  
 en que hoy autorizada  
 se ve la casa del dicho  
 en Illescas la nombrada.  
 Gozoso el Napolitano  
 se regresó á su patria,  
 á vender toda su hacienda,  
 y luego venirse á España.  
 Y el Poeta ahora pide  
 al auditorio, las faltas  
 perdone, que no habrá pocas  
 en la historia declarada.

F I N.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 48,  
 donde se hallará este y un gran surtido mas de diferentes,  
 historias y demas títulos de retacería.*